

HIPOCRESÍA O HIGIENE VERBAL

Formas ocultas de discriminación en la posmodernidad

Dr. Dino César Mureddu Torres

M.C. Rosa de Gpe. Romero Zertuche

Profesores Investigadores
en el Departamento de Política y Cultura
Área Polemología y Hermeneútica
de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Contacto: cmureddu@gmail.com

La irracionalidad no opera sola, más allá de la racionalidad: surge con el desarrollo sin miramientos de la propia razón subjetiva.
Th. Adorno, *Sociológica*, p. 149

RESUMEN

El presente artículo intenta poner en la mesa de discusión un hecho social de presencia relativamente nueva en el contexto mexicano, el cual se conoce técnicamente como “political correctness”, en tanto que actitud más o menos generalizada que promueve el uso puntualizado y cuidadoso del lenguaje en el ámbito público. Se ubica el hecho en el contexto que lo originó, al interior de las modificaciones provocadas por el impacto inicial de la Escuela de Frankfurt y asumidas, posteriormente, por la posmodernidad. Se reflexiona en torno a sus repercusiones en México.

Palabras Clave: Lo políticamente correcto, pragmatismo político, comunicación política, vida académica.

ABSTRACT

The aim of this writing puts into the arena a relatively new social tendency, even in Mexico, named political correctness, as a generalized attitude inclining the public actors to a careful use of language. This social issue is located into its original context, within the new approaches generated by the Frankfurt School writers, and assumed later by postmodernity. This reflection concludes with the repercussions of political correctness in Mexico.

Key Words: Political correctness, political pragmatism, political communication, academic life.

Un apreciado colega, profesor de una prestigiosa institución de educación superior de la ciudad de México¹, al retorno de un período sabático transcurrido en Europa se admiraba que en plena década de los años 80s del siglo pasado, las grandes teorías marxistas, estructuralistas y funcionalistas ya no se estaban aplicando en esas latitudes, para estudiar los hechos sociales locales o mundiales.

Ya para ese entonces los grandes maestros de la escuela de Frankfurt habían publicado sus demoledoras críticas al marxismo, al momento en que la dialéctica se había tornado “negativa”², puesto que el sujeto de dicha relación había sido abandonado, preterido o de plano negado y las demás pretensiones de dar cuenta de los hechos sociales ya habían sido criticadas, desde antes en los años 30s, por los herederos de los Círculos de Viena y Berlín. Había sido, además, durante la década de los años 60s cuando aparecieron las distinciones que hacían ver al conjunto de las ciencias sociales como un esfuerzo metafórico para nombrar, con denominaciones más accesibles lo innombrable, por irreductible, de dichos acontecimientos. Por tanto, el hecho de que en los años 80s del siglo XX nadie ya en Europa acudiese a las grandes teorías que habían servido de punto de apoyo para entender a la sociedad, no era nada más que una simple consecuencia. Estábamos entrando a lo que dio en llamarse posmodernidad. Sin embargo, ese paso no fue súbito, tampoco fue cómodo.

¹Nos referimos a Roberto Donoso Salinas, sociólogo chileno y colaborador del Canciller Clodomiro Almeida, radicado en México desde 1975 y profesor de la UAM-Xochimilco. ²Tal es la expresión que sirvió de título al famoso texto de Adorno (1966)

ANTECEDENTES

En el entretanto cayeron muchos elementos que habían sido utilizados por pensadores, investigadores y filósofos para entender la realidad social, cultural y política del mundo, sobre todo aquel que emergió después de la Segunda Guerra Mundial. Con ellos cayó y decayó la seguridad que los ordenamientos más o menos racionales habían otorgado a la humanidad. Al padecer lo que tales ordenamientos provocaron entre los seres humanos en ambas guerras del siglo XX, lo que decreció fue la confianza en que la razón humana pudiera dirigir el mundo y la recta convivencia entre individuos y naciones. No es pues de extrañar que, a partir de la segunda mitad del siglo XX aparecieran, cada vez con mayor insistencia y virulencia los *ataques y asaltos* a la razón.

Anteriormente a estos acontecimientos, el influjo de pensadores como Brentano, Husserl y Heidegger, en el ámbito filosófico, o Weber y Durkheim en el ámbito sociológico todavía presentaba a la humanidad la posibilidad de entenderse como guiada por una racionalidad instrumental, aunque más no fuese, mediante la cual, fijado un fin u objetivo, los seres humanos podrían todavía encontrar, o esforzarse por encontrar, los mejores medios para lograrlo. Ya la primera crisis que supuso la Gran Guerra de 1914 cimbró los pilares de tal convicción y preparó de manera casi natural el advenimiento de nuevas circunstancias, que se encargaron de poner en duda esa racionalidad genérica. En efecto los años previos y los hechos devastadores seguidos de la Segunda Guerra Mundial, con los excesos y desdibujamientos del ser en cuyo nombre se estaban desarrollando, es decir del propio ser humano, dieron pie a que lo posiblemente válido de las aportaciones anteriores fuese fría y duramente criticado, desechado y culpado, incluso, de lo acaecido. Así nace, sobre todo en el seno de Alemania y Francia de la posguerra la llamada escuela crítica, precursora, como dijimos anteriormente de la etapa posmoderna. Algunos de sus rasgos fundamentales aparecerían en la publicación periódica del Frankfurt Institut:

Sociológica, cuya edición estaba a cargo de Adorno. Posteriormente se hizo una publicación homónima reuniendo únicamente las aportaciones de Adorno y Horkheimer.

Lo más interesante de toda esta disquisición, en torno a la escuela crítica y a sus principales defensores, consiste en ponernos en la ruta de comprender mejor lo que algunos otros epígonos, en otras latitudes hicieron, una vez que se abrió la puerta de la crítica a un tipo de racionalidad que había llevado a los seres humanos por sendas de tan inmenso dolor, sujeción e, incluso, opresiones de diversos cuños. En efecto, una vez que fue puesta en duda la idoneidad de las directrices dadas por la racionalidad instrumental, los métodos de desarmar y de descomponer lo que el afán explicativo y tecnológico encubría, propició el abandono de la pretensión universalista y se comenzaron a trazar nuevos caminos. En estos esfuerzos la herencia racionalista francesa fue duramente atacada por aquellos que fueron formados en la gran tradición de Descartes³ y Comte⁴, con frutos tales como las aportaciones de Saussure⁵ y de Levi-Strauss⁶. Pero no fueron los franceses los primeros en poner en la mesa de disección el alcance y la confianza en la razón instrumental, aunque hayan sido, posteriormente los más decididos.

En los primeros años del siglo XX ya Max Weber⁷ había detectado esas diversas formas de presentarse la racionalidad humana en el interior mismo de los hechos sociales y a él se debe que haya sido denominada como instrumental una de sus formas. El primer síntoma en contra del afán de respuesta comprensiva racional, cuyo ejemplo en filosofía fue la propuesta hecha por Heidegger⁸, aparece en la inmediata post-guerra de la Segunda Mundial y lo proponen, justamente los pensadores alemanes con quienes iniciamos esta reflexión, los miembros de la escuela de Frankfurt. Aunque ya los seguidores de Heidegger, sobre todo en el ámbito francés, habían comenzado a escribir sus aportaciones desde antes de la Segunda Guerra Mundial⁹, su discurrir no puso en duda lo emprendido por el

³La famosas obras de René Descartes, *Discourse de la Méthode y Méditations Métaphysiques*, cuentan con traducción española, colección. SepanCuantos, Porrúa, México, N°177. ⁴El pensamiento de Augusto Comte que influyó tanto en México a través del Dr. Gabino Barreda, se encuentra en sus obras, *Catéchisme Positiviste y Philosophie Positiviste*, hay traducción española del primero en la editorial EUDEBA, Buenos Aires y de la segunda en la misma colección SepanCuantos de Porrúa, México, N°340. ⁵El pensamiento fundamental de Ferdinand de Saussure quedó expresado en su obra *Cours de Linguistique Générale*, de 1916, Trad. Española, Curso de Lingüística General, Buenos Aires, Ed. Losada, 1945. ⁶Claude Levi-Strauss edita en 1958 su *Antropologie structurale* y amplía su pensamiento en la segunda parte en 1973. Hay traducción española en Editorial Paidós, Barcelona, 1987. ⁷La famosa obra de este pensador alemán, *Economía y Sociedad*, publicada en 1922, fue ampliamente difundida. En México contamos con la traducción que editó Fondo de Cultura Económica en 1945. ⁸*Ser y Tiempo* es etado de 1927 que expuso el ambicioso proyecto de replantear el viejo problema en torno al ser, la traducción española, consultada por nosotros, es de José Gaos de 1951 en Fondo de Cultura.

maestro de Friburgo, aun cuando pudieran diferir de él. En el caso de la escuela de Frankfurt el rechazo a la pretensión de dar cuenta completa de la totalidad de la realidad y del ser humano va a ir reforzada por un elemento que nos permite pasar a lo que hemos puesto como objeto de reflexión en el presente escrito: “lo que pudiera ser políticamente correcto”.

En efecto, en la parte última de la dilucidación teórica que ofrece Adorno (1975:133)⁹ encontramos una significativa cita, de quien se ha considerado como uno de los discípulos más cercanos a Heidegger y también uno de sus más acendrados críticos, Karl Löwith¹¹, en dicho pasaje se lee:

Las comillas con que Heidegger escribe “su tiempo”..., aluden probablemente a que no se refiere a una “actitud” arbitraria tomada en un instante cualquiera y que pueda acaecer en el momento menos esperado, sino a un tiempo decisivo, cuyos instantes, por la profunda decisión que los impele, se distinguen radicalmente del Tiempo y de la Historia vulgares y fácticos. Pero, tal como se ha presentado la situación ¿cómo se puede distinguir si el tiempo propio de la “decisión” que se esté adoptando constituye un instante “originario” o si, más bien, representa sólo un “ahora” espectacular en el curso y desarrollo de los acontecimientos cósmicos? En realidad, una decisión que no se puede decir con respecto a qué se está decidiendo, tampoco puede contestar a esta pregunta. Más de una vez ha ocurrido que ciertas decisiones han tenido por objeto algo que, a pesar de sus pretensiones de obedecer a un supremo destino y a una decisión radical, en rigor ha sido vulgar e indigno del menor sacrificio. ¿Cómo se podrá trazar dentro del pensamiento histórico la frontera entre el “auténtico” acontecer y lo que se produce “vulgarmente”? ¿Cómo se podrá distinguir de modo inequívoco entre el destino que ha sido elegido libremente y el que ha caído sobre el hombre o ha sido adoptado por éste precipitadamente y bajo la influencia de una sugestión extraña?.

Hasta aquí la cita de Löwith presenta argumentos de extraordinaria precisión al interior mismo de la reflexión de Heidegger (1951:402). En tal sentido la duda que presenta este autor nos lleva a lo más profundo de la toma de

decisión que intenta asumir con plena responsabilidad la existencia auténtica, como parte medular del famoso capítulo quinto de *Ser y Tiempo*¹². Sin embargo, el remate del argumento que utiliza Löwith va más allá de la duda en torno al sentido del tiempo en que se está desarrollando la decisión y para que sea más contundente se cambia el medio de probación y se pasa de un argumento eminentemente teórico a un argumento ya no existencial, sino retórico, que es el que se utiliza en una diatriba contra un adversario para quitar toda autoridad a lo que pudiera tener de válido su discurrir, es decir, el argumento *ad hominem*. En efecto, encontramos la siguiente aseveración:

Más aún: ¿no podrá decirse que esa misma historia vulgar se ha vengado del desprecio que Heidegger ha mostrado hacia las realidades del presente induciéndole a aceptar la dirección de la Universidad de Friburgo en un momento en que prevaleció la decisión vulgar, bajo el Gobierno de Hitler? ¿No transfirió con ello su más auténtica y decidida existencia a la “existencia alemana”, desarrollando su teoría ontológica de la historicidad existencial sobre la base óptica de unos acontecimientos reales, es decir, políticos?¹³

El cambio de dirección del argumento es el que nos interesa resaltar en este punto, ya que ese cambio nos permite introducir, con inmejorable ejemplo, lo que ahora se conoce como *political correctness*. Lo que el argumento anterior de Löwith esgrime contra Heidegger, es la opción políticamente incorrecta que él se permitió hacer al aceptar el rectorado de la Universidad de Friburgo, durante un año lectivo de 1933 a 1934. Adujo para ello Heidegger, como años más tarde confesó, que desde esa posición podría, quizás, detener la barbarie que se estaba ya presentando contra el claustro de profesores desde el ministerio de Educación del Gobierno Nazi. Obviamente no lo pudo detener y por eso renuncia al año siguiente. Tal incorrección política lo perseguirá toda su vida, de forma tal que hasta la famosa entrevista con *Der Spiegel* en 1973, tres años antes de su muerte, vuelve a aparecer en forma de pregunta en torno a los motivos que lo indujeron a aceptar el rectorado. Pareciera que todo lo demás, su forma de encarar el misterio

⁹Tal es el caso de Jean Paul Sartre, de Gabriel Marcel o de Albert Camus, cuyos escritos aparecieron antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial. ¹⁰Nos estamos refiriendo a la obra más acabada en que se expone con claridad su pensamiento: *Dialéctica Negativa*, editada en alemán en 1966, la traducción española de Taurus es de 1975. ¹¹Karl Löwith, 1956, *Heidegger, pensador de un tiempo indigente*, Rialp Madrid, se transcriben todos los identificadores de la obra, por ser parte de lo que cita Adorno y por no haberla encontrado en edición consultable en español. ¹²El capítulo V aparece en las páginas 402 y ss, de la traducción española realizada en Fondo de Cultura Económica, bajo el título: Temporalidad e Historicidad. ¹³Karl Löwith, op. cit., pag.131, citado por Theodor Adorno, *Dialéctica Negativa*, pag. 134

del propio ser humano, la pulcritud metodológica con que se aborda el análisis fenomenológico del ser-ahí, mucho más consistente que cualquiera de los filósofos alemanes posteriores, pasará a segundo término, debido al baldón que significó su equivocación, su incorrección en el campo de lo político.

Fueron, pues, los pensadores de la escuela de Frankfurt los que iniciaron un señalamiento en torno a lo correcto y lo conveniente respecto a una situación concreta, una vez que las grandes disquisiciones teóricas en torno al sujeto, a un sujeto abstracto, fuera del tiempo y de la historia fueron criticadas y, después, abandonadas. Este rasgo será una de las características básicas de la posmodernidad, con el cual se inician las pequeñas disquisiciones, la reflexión en torno a las diferencias, el llamado a una serie de discursos particularistas. Ejemplos de ello sobran en el contexto contemporáneo. Una muestra podría ser tomada de los argumentos psicológicos que se utilizan en descargo de evidentes transgresores de la ley, de cuya culpabilidad el derecho y las teorías jurídicas no tendrían duda alguna, pero que se abre el paso a la duda *razonable*, o a los atenuantes en virtud de las consideraciones absolutamente particulares y subjetivas con las que se intenta disminuir la culpabilidad.

“LO POLÍTICAMENTE CORRECTO”

“Aun reconociendo la gran importancia y el particular interés que pudiera revestir un análisis puntual del desarrollo de las nuevas aproximaciones que abrió para las ciencias sociales la crítica iniciada por la escuela de Frankfurt, nuestro interés se centra en otro aspecto. Quien quiera conocer este desarrollo puede consultar la síntesis de Ernesto Espeche (2003), titulada: *Ciencias Sociales, inflexiones políticas y contexto histórico-cultural. Desde la modernidad negativa hasta la posmodernidad*.

En efecto, se centra en aquel que se deriva de una aparente puntualización y precisión, como la que se presenta en la segunda parte del argumento analizado respecto a Heidegger, que no tiene que ver cosa alguna con la base del razonamiento que se venía realizando y que, sin embargo, su fuerza es de tal índole que invalida cualquier posibilidad de defensa del señalado, a pesar de ser presentado casi como algo incidental.

Efectivamente, conforme fueron afianzándose los efectos de la corriente crítica entre los pensadores poste-

riores, sobre todo en aquellos que cultivaron los análisis posestructuralistas, como Foucault, Derrida, Lacan o Deleuze comienzan a aparecer, con el fin de las grandes teorías referidas tanto a la totalidad de la humanidad como a la totalidad del universo, formas de aproximación que prefieren lo pequeño, lo subjetivo, incluso lo regional, con plena claridad del recorte que se está haciendo. A la constatación del abandono del sujeto, que había sido puntualizado, se le opone un movimiento que lo ensalza a tal grado de ponerlo como único afán digno de ser seguido en la empresa cognoscitiva de los hechos humanos.

No era posible que fuese de otra manera. Además de la reacción que la celeridad con que se presentan los hechos sociales propició que los programas noticiosos de los medios electrónicos, o la prensa escrita, prevaleciera, cada vez con mayor claridad, y de forma cada vez más ominosa sobre cualquier otro tipo de consignación fáctica, hasta llegar a convertirse en los efímeros registros de lo que ocurre y, por lo mismo, pasa diariamente.

El análisis de lo que sucede en la realidad social implica otro ritmo. Por ello el método hermenéutico¹⁴ derivado de aquella forma en que Aristóteles caracterizó al conocimiento humano y cuya culminación encontramos en las obras de Georg Gadamer (1994 y 1997), requiere que los hechos no sólo se consignen, sino que sean colocados en una trama de situaciones, denominada contexto, en la cual se pueda obtener aquel sentido que nos los haga más comprensibles. Sin esa reconstrucción contextual los hechos, simple y llanamente descritos, no producen en nosotros conocimiento alguno, quedan en el campo del anecdotario, como lo afirma Bernard Lonergan (1999). Es esa reconstrucción del contexto la que permite, a su vez ubicar los hechos en medio de las tensiones que los generan. Por ello, el método polemológico en unión con las líneas de interpretación generadas por la hermenéutica permiten ponernos en la pista de obtener un conocimiento más comprensivo de los hechos humanos, individuales o sociales. Con no poca frecuencia encontramos en esas mismas crónicas diarias, y de forma cada vez más extendida, modalidades de uso lingüístico que violentan la gramática del idioma castellano, siguiendo formulaciones surgidas en otros contextos, como el anglosajón o el francés, un ejemplo de éste último lo tenemos en la larga disquisición que hiciera Derrida (1989) ante la Academia Francesa tratando de explicar en dicho idioma el cambio de una letra

¹⁴Es conveniente recordar que la Hermenéutica nace con la sistematización del pensamiento científico y filosófico del occidente, no en vano una de las obras de Aristóteles que componen el tratado de la Lógica lleva por nombre *Peri Hermeneias*, *En torno a la interpretación*.

intermedia en una palabra (*différence-différance*). Nos estamos refiriendo más concretamente a esas distinciones en uno de los accidentes del nombre, que además del número y el caso hoy por hoy ha saltado al escenario de la moda y escuchamos o leemos las distinciones explícitas en el género de los nombres y adjetivos, como si con ello se estuviese haciendo una precisión lingüística, de importancia extrema, hasta el grado de modificar en el género los participios de presente. Nos queremos referir, específicamente, a lo que ha dado en llamarse: la utilización de *un lenguaje políticamente correcto*.

El simple enunciado de la frase anterior conlleva, casi de manera natural, a la pregunta: ¿qué se entiende por *lo políticamente correcto*? O para decirlo en sus palabras originarias ¿qué se entiende por *political correctness*? Para intentar resolver lo que las preguntas plantean, debemos ubicarnos en un contexto distinto al castellano. Un nuevo asalto de cuño anglosajón se importa desde muy distintos ámbitos geográficos y se difunde por muy diversas cuencas lingüísticas, incluida la hispanoparlante, de manera casi a-crítica.

En el mundo anglosajón la corrección política presenta varias características y etapas, que se derivan de la política del welfare en la inmediata posguerra Segunda Mundial. La atención a los veteranos, a desempleados, así como otros programas de corte social se vieron ampliados al momento en que nuevas condiciones políticas se suscitaron en los Estados Unidos, sobre todo aquellas derivadas de la migración cubana. Paulatinamente esta práctica se vuelve a ampliar hasta abarcar a otras minorías, como los no-hablantes de inglés, los homosexuales y los afectados por diversas discapacidades. Las universidades de Estados Unidos reaccionan ante este mercado potencial subsidiado por el estado y comienzan a ofrecer alternativas académicas atractivas para estos grupos. La repercusión que dichas directrices tanto de la política social como de la académica, se concretó mediante algunos cambios de corte curricular. En efecto, a partir de los años 70s e inicios de los 80s del siglo XX, aparece una serie de iniciativas progresistas que concernían a la admisión en los curricula de educación superior de items derivados de la teoría crítica en el ámbito literario y, después, algunos otros que procedían de los enfoques posmodernos. Se adicionaron, también, en ese tiempo estudios culturales, acciones afirmativas raciales y de minorías étnicas, así como cuestiones concernientes a la mujer en su incorporación a las funciones sociales. Con ello, se pretendía impulsar una política de justicia social hacia aquellos grupos minoritarios para subsanar sus desventajas. Con el tiempo van transfor-

mándose las condiciones de la convivencia cotidiana en los campi universitarios, convertidos ahora, en verdaderas palestras de encuentros y encontronazos multiculturales, multiétnicos y de diferencias preferenciales, que se empiezan a manifestar en los periódicos estudiantiles. Así aparece en el estudio realizado por Lee Jae-Jin (1997:55-77).

Las pugnas estudiantiles derivadas de la heterogeneidad de la población generaron quejas y demandas, en número creciente, como lo constataron los estudios de Monica Hill y Bonny Thrasher (1994:43-55). Ello obligó a profesores, reporteros, autoridades y otros agentes conectados con el ámbito académico a utilizar el lenguaje con nuevos matices. Esta práctica llegó a convertirse, en normas que pretendía también evitar expresiones que pudieran ser interpretadas como irrespetuosas, respecto de las peculiaridades de esas minorías, las cuales fundaron lo que después se conoció como *political correctness*.

No únicamente el fenómeno se observó en los Estados Unidos, en Australia se presentó también, aunque con rasgos distintos, así lo afirma Robert Sparrow (2002). Según este estudio, aparecen dos líneas paralelas y contemporáneas: por un lado, lo políticamente correcto es adoptado por la izquierda australiana, en un esfuerzo de cuidar el lenguaje contra la exclusión de las minorías; la otra tendencia cuida el lenguaje político, persiguiendo más una justicia social que intenta comprometer al estado en políticas sociales de orden re-distributivo del bienestar.

En el Reino Unido, principalmente en Inglaterra, el uso de la *political correctness* presenta también características propias. En esas latitudes, el uso políticamente correcto del lenguaje afecta fundamentalmente a las cuestiones de género, es decir, a la puntualización de lo femenino, como diverso de lo masculino, así como también a las cuestiones de las preferencias sexuales, a fin de que no se vean rasgos de discriminación o exclusión a partir del uso del lenguaje. La cuestión racial es menos importante en Inglaterra, ya que el régimen monárquico y la presencia de la Reina está claramente en todo el territorio, por lo cual todos los habitantes, sin importar su raza son igualmente súbditos del Monarca.

MÉXICO Y LA POLITICAL CORRECTNESS

Así como fue válido preguntarnos en torno al significado de tal expresión en el contexto general de los hechos sociales, ahora nos resta hacer las puntualizaciones necesarias en torno a su aparición en una condición concreta, como es la propia de nuestro país. Pareciera ser que las denominaciones que distinguen en el discurso político nacional a *niños y niñas*, a *mexicanos y mexicanas*, al *jefe* y a

la *jefa*, cuando se trata de un cargo público y que, incluso, llegan a atribuir género a la palabra *Presidente*, que es una forma verbal que refiere simplemente a una función, la de presidir por ejemplo una reunión, compañía o nación y no a quien en acto la ejerza, con lo que se violenta de manera absurda la función del participio de presente en la lengua castellana, comienzan a aparecer en nuestro contexto político al inicio de la administración panista en el año 2000.

Con la alternancia de tendencias políticas en el gobierno mexicano se presentaron nuevas condiciones, que permitieron la presencia de nuevos grupos de presión, así como de nuevos actores políticos, los cuales frente a la posibilidad de apertura de la agenda pública vieron la ocasión de auto nombrarse defensores de las diversas minorías. Con ello, un nuevo panorama de posibilidades de financiamiento se abrió, una vez que el estado mexicano abandona el campo de la asistencia social directa.

Aplicando el paralelismo¹⁵, como herramienta del método hermenéutico, tal parece que la apertura democrática por la que se reconoce la multiplicidad de la sociedad mexicana, ejerce entre los actores políticos un efecto similar al que produjera entre las universidades de los Estados Unidos la presencia de grupos con subvención oficial. Mientras que aquellos fueron considerados población objeto para la oferta de nuevos tópicos incluidos en los planes y programas de estudio, con los cuales se pretendía captar nuevos alumnos, en el caso mexicano el retiro de la acción del estado en la asistencia social directa a las minorías, de cualquier tipo, en ese mismo momento se abrieron perspectivas de utilización de recursos, provenientes de entidades financiadoras, fundamentalmente privadas extranjeras o nacionales, con el cometido de atender las posibles desventajas que aquejaban a tales grupos. En este contexto, cabe hacer la aclaración que la minoría inicial que luchó por sus derechos, fundamentalmente de idioma y cultura, fue aquella compuesta por los pueblos indígenas, no nos referimos a la lucha política que llevó al derecho al voto en la mujer, porque fue fruto de otros momentos. Sólo en época muy reciente comienzan a aparecer las reivindicaciones que hacen algunos grupos políticos y civiles en torno a los derechos de otras minorías.

CONSECUENCIAS

En el rubro de estas consecuencias surgen algunas dudas en torno al contexto cultural y lingüístico donde surgieron estas cuestiones, es decir, vale la pena preguntarse por

ejemplo: ¿cómo es posible que en una sociedad abiertamente clasista, como la inglesa, en la cual la diferencia entre la nobleza y el pueblo es irreductible, se haya trasladado la lucha de clases al interior del hogar, revestida ahora por los derechos de género y los derechos de los niños? A cualquier investigador de fenómenos sociales no puede menos de aparecer como extraño y digno de indagación el sentido que tal traslado pueda tener y las motivaciones de quienes han impulsado tal tipo de desenfoque.

A tal grado ha incidido este tipo de precisiones y de aparentes muestras de respeto, que algunos investigadores de habla inglesa se han preocupado por ello, llegando a ver en este uso, aparentemente correcto del lenguaje, un signo de profundo desprecio del otro a quien así se pretende proteger. Un primer acercamiento a esta posible hipótesis en torno a la *political correctness* lo encontramos en un estudio exploratorio desarrollado en el estado de Nueva York, entre los académicos de ciencia política, llevado a cabo por John Harman y James R. Bowers (1994:164-179), confirmado después por Roger Kimball (2003:158 y ss).

Algunas de sus conclusiones llegan a afirmar que la *political correctness* es lesiva para el desarrollo de la propia ciencia política, porque ha obligado a los investigadores a recluirse entre los grupos afines, con verdadero miedo de expresar opiniones contrarias a la rama (*caucus*) a la que pertenecen por las consecuencias negativas que tal disidencia pudiera tener hacia su carrera.

Por su parte, los australianos, como el mencionado Sparrow (2002), llegan a considerar que todo este interés en la política del lenguaje y la cultura es el resultado del retraimiento de la izquierda en la academia y la burocracia, por no haber logrado ejercer mucha influencia sobre cuestiones tradicionalmente más ligadas a la acción política.

En el caso nuestro, como primer impacto se podría afirmar que el mérito de la *political correctness*, exigida por los nuevos grupos de presión, ha consistido en poner en la agenda pública asuntos que, dado el mosaico de problemas del país, ocupan un lugar de menor importancia. Con lo anterior las organizaciones no gubernamentales, defensoras de la diversidad propia de las minorías, contribuyeron, de manera indirecta, a que este tipo de discurso fuese adoptado poco a poco por los agentes políticos, sin que refleje, de manera incontrovertible una exigencia o una necesidad sentida por las propias minorías a las que se les nombra con tales distinguos lingüísticos, el caso más

¹⁵Por paralelismo, en hermenéutica se puede entender el antiguo modo de establecer relaciones de semejanza lógica llamado técnicamente *analogía*, del cual el propio Aristóteles se encargó de hacer el primer tratado.

claro concierne a los niños, que de sí mismos no exigen tales finuras en el uso de la lengua.

De la misma manera que el contexto inglés nos llevó a hacer preguntas que pudieran resultar interesantes para una indagación propia de las ciencias sociales, también nos preguntamos algunas cuestiones en torno a nuestro propio contexto. Por ejemplo: ¿a quién beneficia tan acuciosa corrección en el uso del lenguaje?, ¿qué interés puede haber detrás de la exaltación del individualismo, en las diferentes manifestaciones con que hoy se presenta, en un contexto como el mexicano?, ¿a qué puede responder la promoción del individualismo en una sociedad que por tradición ancestral indígena, y por confirmación del cristianismo colonial, privilegia las acciones comunitarias por encima del individualismo rampante? Probablemente habría que retomar a Fredric Jameson (1991), en su crítica a los posmodernos, para encontrar nuevos caminos de interpretación del sentido de este tipo de hechos sociales.

¿Serán quizás necesarios mayores esfuerzos analíticos del lenguaje utilizado en México? ¿Acaso la *political correctness* puede presentar en México algún nuevo rostro de los múltiples con que, desde siempre, se ha revestido el *ninguneo*, tematizado de manera magistral por Octavio Paz en *Máscaras Mexicanas del Laberinto de la Soledad*?

De nueva cuenta el método hermenéutico y polemológico deja ver su potencial heurístico ante hechos sociales de una extrema complejidad. Nuestra intención ha sido abrir un ámbito de discusión académica y de indagación científica en torno a un asunto que, llevado a los extremos que ya aparecieron en otros países, pudiera llegar a esterilizar, mediante restricciones ideológicas cada vez más fuertes, la creatividad en el trabajo científico, lo que sería una pérdida para las instituciones de educación superior en México. O, en el mejor de los casos obligaría a trabajar a los grupos científicos en compartimentos estancos, por el miedo al ninguneo académico o posibles consecuencias.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Th W., (1975), *Dialéctica Negativa*, Barcelona, Editorial Taurus
- Adorno, Th. W., Horkheimer, Max, (1979), *Sociológica*, Barcelona, Editorial Taurus
- Derrida, Jacques, (1989), *Márgenes de la Filosofía*, Madrid, Cátedra.
- Espeche, Ernesto, (2003), Ciencias Sociales, inflexiones políticas y contexto histórico-cultural. Desde la modernidad negativa hasta la posmodernidad, en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, abril-junio, año 8, N° 21, pp. 47-57, Venezuela.
- Gadamer, Georg, (1994 y 1997), *Verdad y Método* Volúmenes I y II, Editorial Sígueme, Salamanca,
- Harman, J., and James R. Bowers, (1994), Political Correctness and Political Science, *Perspectives on Political Science*, N°23, pp. 164-170.
- Heidegger, M., (1927) *Sein und Zeit*, Niemeyer Verlag, Halle, Traducción Española José Gaos, Ser y Tiempo, México, FCE, 1944
- Hill, Monica and Bonny Thrasher, (1994), A Model of Respect: Beyond Political Correctness in the Campus Newsroom, *Journal of Mass Media Ethics* N°9 pp 43-55
- Jae-Jin, Lee, (1997), Understanding hate speech as a Communication Phenomenon: Another View on Campus Speech Code issues, *Communication and Law* N° 19, p. 55-77
- Jameson, Fredric, (1991), *Postmodernism, Or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Durham, NC: Duke University Press
- Kimball, Roger, (2003), Political correctness or the perils of benevolence, *National Interest*, Winter, pp. 158 y ss.
- Lonergan, Bernard, (1999), *Insight*, estudio sobre la comprensión humana, Editorial Sígueme/Universidad Iberoamericana, Salamanca/México,
- Löwith, Karl, (1956), Heidegger, pensador de un tiempo indigente, Rialp, Madrid.
- Sparrow, Robert, (2002), Talking Sense about Political Correctness, *Journal of Australian studies*, versión digital de questia.com, consultada 2 de agosto de 2006.